



Artículos de Investigación

“In the former GDR”. Apuntes para una etnografía sobre memorias y nostalgias en torno a la extinta RDA (República Democrática Alemana)

Mariana D. Gómez

CONICET / Instituto de Ciencias Antropológicas

Sección Etnología y Etnografía, FFyL -UBA

gomin19@yahoo.com

Resumen

En este artículo presento una primera aproximación etnográfica a las memorias y nostalgias producidas en torno a la antigua RDA (República Democrática Alemana) a partir de un trabajo de campo que comencé a desarrollado en Berlín en el año 2012 y especialmente entre agosto y noviembre de 2014. En primer lugar realizo una introducción donde expongo algunas ideas, argumentos y recursos que vengo utilizando para producir esta nueva etnografía. En segundo lugar, presento algunas bitácoras etnográficas de Berlín, trayendo a colación conversaciones mantenidas con algunos de mis interlocutores alemanes, paseos por la ciudad y visitas a museos. También muestro algunas caracterizaciones literarias de la RDA que aparecen en dos conocidas novelas cuyas autoras nacieron en ese país. Por último, me centro en las perspectivas de autores que abordan aspectos de las dinámicas identitarias de los alemanes del este a través del análisis de la *Ostalgie* (un tipo de memoria cultural y social nostálgica por ciertas particularidades de la vida en la RDA).

PALABRAS CLAVE: República Democrática Alemana; Ostalgie; Memoria; Etnografía.

“In the former GDR”. Notes for an ethnography on memories and nostalgia around the defunct GDR (German Democratic Republic)

Abstract

In this article, I intend to present a first ethnographic approach to the memories and nostalgia built around the former GDR (German Democratic Republic); the analysis is based on fieldwork conducted at Berlin in 2012 and, especially, between August and November of 2014. I first provide an introduction where I present a few ideas, arguments, and resources that I have been using to produce this new ethnography. Secondly, I present a few Berlin ethnographic logbooks, recovering conversations held with some of my German interlocutors, walks around the city and visits to museums. I also show a few literary characterizations of the GRD that appear in two well-known novels written by authors born in that country. Finally, I focus on the perspectives of authors who approach aspects of the identity dynamics of the East Germans through the analysis of the *Ostalgie* (a kind of cultural and social nostalgia for certain peculiarities of the life in the GRD).

KEY WORDS: German Democratic Republic; Ostalgie; Memory; Ethnography.

Recibido el 9/12/2015; recibido con modificaciones el 20/05/2016; aceptado el 24/05/2016

Introducción

El comunismo y el socialismo que no fue, que no supo ser, que no lo dejaron ser, y el que realmente existió, el *socialismo realmente existente* (Bahro, 1977; Tarcus, 1991), fueron transformándose en temas de mi interés a través de las huellas que encontré de ese pasado en la ciudad de Berlín, en las personas y en las conversaciones con amigos/as y conocidos/as que fui cultivando desde que comencaron mis viajes a Alemania en el año 2009.¹ La *Ostalgie* (un tipo de memoria social nostálgica por ciertas particularidades de la vida en la RDA de la que también hablaré en este trabajo), sin quererlo ni anticiparlo, fue convirtiéndose en una nostalgia extrañamente propia. Tal vez surgió de la curiosidad por conocer acerca de la vida cotidiana en la RDA y, más en general, sobre el derrotero (y las representaciones de los/as alemanes/as del este sobre esa “derrota”) de un país europeo que estuvo partido entre capitalismo y comunismo durante 40 años en el marco de la Guerra Fría, cuando el mundo estaba polarizado en dos grandes bloques que ejercieron diferentes tipos de influencias y alineamientos en el resto de los países del mundo (Hann, Humphrey y Verdery, 2001; Burawoy y Verdery, 1999). La presencia del sistema soviético imprimió una determinada forma a la política global hasta fines de la década del 80, con amenazas de guerras, batallas por conseguir el alineamiento de otros países, y estados-nación que surgían en el mapa global luchando por obtener su independencia de una potencia u otra. Así, el orden global que le dio contexto al neocolonialismo (y posteriormente a los estudios postcoloniales) era un orden estructurado por la Guerra Fría, guerra que organizó el mundo alrededor de una dicotomía diferente a la del postcolonialismo, pues no se trataba de colonias y metrópolis, sino de Oeste y Este, Capitalismo y Comunismo (Verdery, 2001: 18-19).

En mi último viaje a Berlín, entre agosto y noviembre de 2014, comencé a realizar un relevamiento de bibliografía en la Biblioteca Estatal de la ciudad² sobre diferentes problemáticas de la RDA abordadas desde enfoques históricos, sociológicos, antropológicos y los estudios sobre memoria(s). También realicé mis primeras entrevistas a personas que formaron parte de colectivos clandestinos disidentes en los años previos a la “caída” y/o “apertura” del muro (9 de noviembre de 1989), de colectivos actuales (*Dritte Generation Ostdeutschland*) cuyos miembros se proponen reelaborar sus identidades como *alemanes del este* (*East Germans*) para reconsiderar

sus lugares en la sociedad alemana actual y elaborar versiones propias y localizadas sobre la historia de su extinto país; también mantuve, desde mi primer viaje, conversaciones con mis amigos/as y con sus amigos/as, muchos/as de ellos/as nacidos y criados en el “este alemán”, por lo general todos/as cercanos/as a mí generacionalmente. Por último, miré películas, varias de las cuales me fueron facilitadas por un colega (el historiador Pablo Fontana de la Universidad de Buenos Aires, quien viene investigando problemáticas del cine soviético y de la RDA; ver Fontana, 2012), y entablé conversaciones informales en fiestas, cumpleaños, eventos académicos y con activistas de espacios autonomistas de Berlín. Mi intención es que estos recorridos por distintos espacios, indagaciones en la bibliografía y vínculos establecidos puedan transformarse en recursos para una heteróclita etnografía sobre memorias en torno a la extinta RDA.

Sé que cierto tipo de preguntas y afirmaciones podrán interpelarme: “¿Por qué sobre Alemania?”; “¿pero hablas alemán o no?”; “puro estalinismo, del más duro, no vale la pena”. Hasta mis propios/as amigos/as de Berlín se asombraron cuando el año pasado les conté que después de darle vueltas al asunto había decidido comenzar a hacer “algún tipo de investigación” sobre la RDA. Conversar con muchos/as *alemanes del este* sobre sus experiencias de vida durante el período comunista y, en general sobre la RDA, son temas tabú, algunos más tabú que otros, como por ejemplo los asuntos vinculados a la antigua Stasi (Ministerio para la Seguridad del Estado o *Ministerium für Staatssicherheit*) y el hecho de que muchos ciudadanos participaron como informantes civiles, a veces viéndose forzados a espiar a sus padres, hermanos, amigos, o esposos. En los últimos años se hicieron famosos en el mundo occidental algunos films, como *La vida de los otros*, de Florian Henckel von Donnersmarck, que se centraron en mostrar la actuación de los funcionarios de la Stasi y el carácter coercitivo y disciplinador de esta institución en la vida privada y cotidiana. Así, la Stasi se ha transformando en un símbolo, hacia afuera y hacia dentro de Alemania, de la vida opresiva, de carácter cuasi kafkiano y totalitario que la RDA le ofrecía a sus ciudadanos.

Como antropóloga me interesa comprender algunas de las razones por las cuales para muchos *alemanes del este* hablar de sus experiencias pasadas es un tema escabroso, difícil e incómodo, pues el discurso oficial que desde el estado (y sus instituciones) vienen sosteniendo los gobiernos alemanes desde la “reunificación”³ en ade-

lante, conceptualizan la experiencia de la RDA como “la segunda dictadura que padecieron los alemanes”, la cual llegó a su fin gracias a una “revolución pacífica” que llevaron adelante los *alemanes del este* en las calles, siendo sus principales epicentros las ciudades de Leipzig y Berlín entre 1988 y 1989. Sin embargo, una vez transcurridos los primeros diez minutos en cualquier conversación con algún alemán/a del este, el hecho de referirse a aspectos de la antigua RDA también puede despertar bastante simpatía: una simpatía incómoda e inconfesable, hecha de frases cortas y gestos breves. Como me dijo al pasar el amigo de un amigo, mientras estábamos en un bar tomando una cerveza: “¿Sabes? Mi padre y mi abuelo me criaron con otros valores, los del socialismo, yo vengo del este, de una familia socialista”. ¿Cómo se tramita entonces este pasado?; ¿qué narrativa ofrece el estado alemán actual?; y ¿qué y cómo se cuenta en las familias, en los colegios, en las universidades, en los museos, entre amigos o en espacios de militancia?

Si la antropología desde sus orígenes se ha dedicado a etnografiar grupos indígenas que fueron colonizados por las potencias europeas y, por lo general, considerados radicalmente “otros”, “primitivos” y distantes de las sociedades de las que provenían originalmente los primeros etnógrafos y etnólogos europeos (los pioneros en transformar en una disciplina la producción sistematizada de alteridad desde distintas teorías), mi actual interés de investigación podría representar algo así como un intento de inversión tardío (¿o de subversión?). Ahora bien, ¿qué tipo de búsqueda etnográfica puede (o tiene legitimidad para) realizar una antropóloga argentina, latinoamericana, en sus treinta y pico, sobre el pasado de esa Alemania dividida y, más específicamente, sobre la RDA? O dicho en otras palabras: ¿cuál es el imaginario académico, personal y político que potencia este proyecto? Si de legitimar objetivos, intereses y preguntas se trata, uno de los objetivos de este artículo es comenzar a dar cuenta de esto a través de algunas escenas y excusas que, sin haber tenido esa pretensión en un principio, se transformaron en eventos claves para mi entrada en un insospechado y nuevo campo de investigación.

Esta nueva investigación se enmarcaría en los llamados estudios postcomunistas o postsocialistas, pero realizada desde una posición periférica, o desde una antropología alineada con las “antropologías del sur” (Krotz, 1997; Restrepo, 2012). Será desde el Sur (en términos geopolíticos pero también personales), donde me interesará situarme para continuar formulando pregun-

tas y haciendo trabajo de campo sobre el pasado comunista de la antigua RDA. Por otra parte, como destacan Lins Ribeiro y Escobar:

Después de varios ciclos de críticas en la disciplina durante las últimas décadas, estamos convencidos de que el presente puede ser otro momento de reinención de la antropología, esta vez más asociado con cambios en las relaciones entre antropólogos ubicados en diferentes partes del sistema-mundo. (Lins Ribeiro y Escobar, 2009:25).

Coincido con estos autores en que estamos en un momento histórico en el cual las comunicaciones y las posibilidades para viajar se han diversificado (especialmente en Argentina de la última década y media, en la que el sistema científico se vio expandido); también lo han hecho las formas de comunicación entre antropólogos/as provenientes de distintas partes del mundo. Esta situación novedosa puede ayudar a producir visiones más plurales en una coyuntura en la que continúan prevaleciendo los discursos hegemónicos centrales y noratlánticos sobre “la diferencia” (Lins Ribeiro y Escobar, 2009: 32). Así, este puede ser un buen momento para que los/as antropólogos/as latinoamericano/as desarrollemos investigaciones en otras partes del mundo.

No obstante, vuelvo a recordar que me interesan las memorias sobre el pasado comunista en Alemania, algo que no podría pensarse como partícipe de un “norte” (pues ya no existe la RDA), sino de un país que estuvo situado en una geopolítica mundial antigua y surgida de la partición del mundo entre comunismo y capitalismo. Además, el pasado comunista alemán durante cuatro décadas estuvo estrechamente vinculado a las dinámicas de la economía política y la cultura soviética.⁴

Hann, Humphrey y Verdery (2001) afirman que a pesar de la variedad de sistemas y formas sociales en las que históricamente la antropología se vio interesada, los antropólogos no fueron prominentes en el estudio de las sociedades socialistas de Eurasia. Estos autores sostienen que ello podría deberse, en parte, a una cierta negligencia derivada de los orígenes de la disciplina y de su excesiva concentración en las sociedades tribales “exóticas” y colonizadas. Las cosas comenzaron a cambiar a partir de 1970 cuando se inició un período de apertura y relajación de los sistemas comunistas en Rusia y en otros países de la URSS. Esta situación permitió a varios antropólogos rusos y occidentales realizar trabajo de campo en países socialistas (Vakhtin, 2009). Sin embargo, continuaron concentrándose en

grupos o en aldeas marginales que representaban la antítesis de la modernidad socialista agresiva y masiva de las ciudades; aun así aportaron trabajos que mostraban cómo la mayoría de las personas experimentaban, rutinizaban y banalizaban el comunismo (Hann, Humphrey y Verdery, 2001: 2).

Recursos para esta nueva etnografía experimental: en primer lugar, el inglés es el idioma que utilizo con mis interlocutoras/es, en algunos pocos casos el español, pero mi acceso a la bibliografía especializada en distintas problemáticas de interés, como también las entrevistas realizadas, están mediadas por este idioma. Segundo, me interesa complementar la etnografía con el uso de la fotografía como forma de registro visual. Buena parte de mi etnografía incluye caminatas por sectores de la ciudad de Berlín donde se destaca la arquitectura socialista. También la visita a sitios y museos donde se conmemoran eventos del pasado comunista. Tercero, sumaré la lectura de novelas escritas por autores de la ex RDA y contextualizadas en esta época. El cruce de estos distintos recursos dará por resultado la escritura de una serie de relatos o crónicas etnográficas.

Una parte de mi historia familiar, por parte paterna, se vincula remotamente con Alemania, aunque no ha tenido ningún tipo de influencia en mis intereses por la experiencia comunista. Mi tatarabuela, Emilia, era una alemana que llegó con dos hijos, de 6 (Hans Albert) y 8 (Eugenia) años a Buenos Aires en 1906. Aparentemente provenían de un pueblo pequeño cercano a Frankfurt y el padre de los hijos de Emilia fue un tal Von Becker, con quién había mantenido un vínculo (no sabemos si de manera forzada o con algún consentimiento). Esta historia había quedado perdida entre los rumores y chistes que yo solía escuchar en los asados en casa de mis tíos o de mi padre los domingos, ya pasada mi adolescencia. Una vez, hace muchos años atrás, compartí esta historia con mis amigas/os del colegio secundario: nos reímos mucho pues ninguno de mis rasgos fenotípicos indica alguna procedencia germánica, pero el de mi padre y mis tíos sí: piel más blanca, ojos verdosos y padres rubios con ojos claros. Una prima hermana de mi padre, Lucrecia, fue quién se encargó, antes de viajar por primera vez a Alemania, de entregarme unas fotos muy viejas de Emilia y sus hijos, y contarme de manera más articulada la historia sobre los orígenes germánicos de ellos. Eugenia fue la abuela por el lado paterno que más participó en la crianza de Lucrecia y de su hermano, y también de mi padre y mis tíos, en

los barrios de Avellaneda y del oeste de Bernal, donde pasaron sus infancias. Pero esta larga historia tan sólo fue una razón más para acrecentar mi interés por la historia de Alemania. A fines de octubre de 2009 llegué a Berlín (y a Europa por primera vez) con esas fotos en mi mochila. Si bien me preocupaba poder hallar más información sobre mi tatarabuela, al llegar a Berlín mi atención quedó atrapada en torno a los festejos oficiales por los veinte años de la caída del muro y a las conversaciones que mantuve con distintas personas sobre cómo habían sido sus vidas durante el comunismo (Gómez, 2015).

Bitácoras etnográficas

“¿Sabes lo que es un *Gelernte Ost Bürger*⁵ (ciudadano entrenado/socializado en el este)?”, me pregunta Frans (28 años), una de las personas de las que me hice amiga en Berlín durante mi segundo viaje, en 2012. Así me voy enterando que se les puede llamar a algunos *alemanes del este* (además de *Ossis*) y que esta categoría, que forma parte de cierto sentido común compartido, refiere a personas que supuestamente tienen mucho sentido práctico e inventivo: “... eran todos como pequeños McGivers pues ellos sabían hacer muchas cosas... cómo hacer cosas, ¿tu sabes?”. Ingresó Matthias (30 años), otro amigo nuestro, al cuarto del barrio de Neukölln donde teníamos esta conversación con Frans y continuamos hablando en inglés para integrarlo. Le preguntamos a él qué entendía cuando escuchaba a alguna persona utilizar este término o qué significados creía que podía tener para la propia *gente del este* cuando lo utilizaban. Acto seguido, Matthias imitó a su padre, puso grave su voz y comenzó a quejarse diciendo: “Los jóvenes de hoy no saben hacer nada práctico y sólo consumen”. Matthias luego agregó que en *los tiempos de antes* o, como repetiría muchas veces a lo largo de esta conversación, *in the former GDR*, las cosas eran diferentes. Luego lo miró a Frans y le retrucó: “Preguntale a tu papá”. Ambos se rieron y llegaron las miradas cómplices y las preguntas y respuestas (primero en alemán, luego en inglés), y más divagaciones hacia los posibles sentidos y usos de aquel término. Retomé mi lugar en la conversación y les pregunté si este tipo de palabras también formaba parte de las memorias de la *Ostalgie* y Matthias me respondió: “Sí y no... A veces yo también tengo *Ostalgie*, por ejemplo el otro día encontré una caja vieja de esa época y empecé a recordar, y oh... yo puedo recordar...”.

Ser un *Gelernte Ost Bürger*, entonces, se ligaría con la posesión de un sentido práctico que serviría para resolver asuntos de la vida cotidiana con pocos recursos y mucha inventiva o, sencillamente, saber “salir del paso”. Matthias agregó que si bien su padre solía decir frases como “Ich bin ein *Gelernte Ost Bürger*” (*Yo soy un ciudadano entrenado en el este*) y de varias maneras todavía se siente orgulloso por la educación que recibió en la RDA, luego de que el muro cayó, al igual que miles de *alemanes del este*, dejó su credo de lado y se convirtió en un pequeño empresario: “Ahora él tiene una forma de vida muy capitalista”, dice Matthias. Hacia el final de la conversación logro comprender mejor que sentirse un *Gelernte Ost Bürger* se vincula con el hecho de haber tenido otra experiencia de socialización y haber crecido en otro sistema social y que, probablemente, para muchos/as alemanes/as del este hay un sentido de orgullo en ello. En suma, se trata de una de las tantas maneras que tienen los *alemanes del este* para continuar marcando sus diferencias culturales y sociales con los alemanes del oeste.

Frans volvió a intervenir y le preguntó a Matthias si se consideraba un *post-Ossi* (un post-alemán del este), aunque en verdad Frans terminó por preguntárselo a sí mismo: “¿Yo soy un *post-Ossi*?” “No me crié en la RDA pero mi padre sí que me pasó todo eso”, se/nos respondió Frans. Matthias también lo pensó y repitió la misma pregunta: “¿Yo soy un *post-Ossi*?, luego llevó una de sus manos a la pera, imitando a alguien que intenta una reflexión profunda, y en su cara asomó una sonrisa. Otra vez él y Frans cruzaron miradas cómplices y comenzaron a hablar en alemán mientras yo me reía. En algún momento los interrumpí y les pregunté si ser un *post-Ossi* tenía que ver con haberse socializado y educado en valores de tendencia anticapitalista y, a pesar de la caída del muro, todavía mantenerlos, o al menos en valores y prácticas más colectivos vinculados a una antigua “cultura del trabajo” propia de los regímenes soviéticos o pro-soviéticos. Pero Matthias enseguida dudó y me comentó que muchas personas de la generación *post-Ossi* hoy son neonazis —y ser neonazi es ser “bien capitalista”, agregó Matthias. “Eso es una gran paradoja ¿no les parece?”, les pregunté. “No, no es ninguna paradoja si no algo esperable, considerando que en la antigua RDA no supieron tratar bien el tema del nazismo porque ellos dijeron ‘Ahora pueblo alemán somos la República Democrática Alemana y no tenemos nada que ver con el pasado nazi’.”⁶ En Sajonia, prosiguió Matthias, actualmente muchas perso-

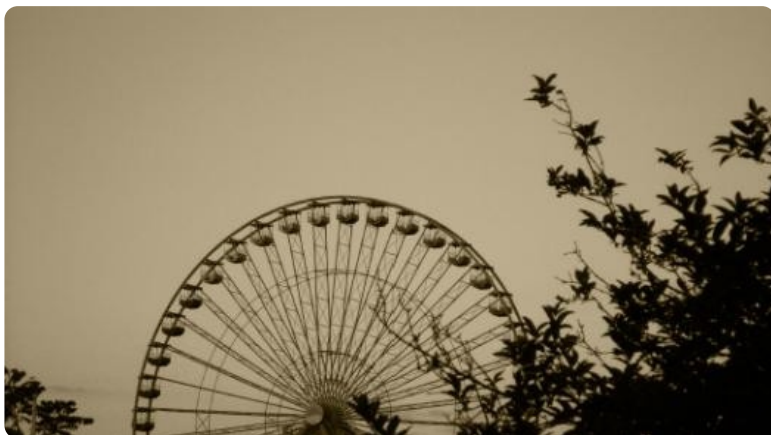
nas votan a la Democracia Cristiana, al partido conformado con restos del antiguo SED (*Die Linke*) pero también a los simpatizantes de los movimientos neonazis: “Deberías ir allí y verlo por ti misma.”

Una tarde de verano en el año 2012 caminábamos con Frans por el distrito de Treptow-Köpenick, una zona de Berlín ubicada hacia el noroeste que antiguamente pertenecía a la parte oriental. Íbamos por un sendero rodeado de bosque. Hacia nuestra izquierda corría un alambrado y a nuestra derecha uno de los grandes canales por donde corre el río Spree. Mi amigo me comentó que detrás de esas matas de bosque, más allá, se encontraba el antiguo parque de diversiones de la RDA (*Kulturpark Plänterwald*) inaugurado en 1969.⁷ En los tiempos de la RDA, generaciones enteras, como las de sus padres y los padres de sus amigos visitaron ese parque. Nos arreglamos para saltar una parte del alambrado que anteriormente alguien se había encargado de abrir e ingresamos sigilosos. Caminamos por unos matorrales de un pequeño bosquecito bastante espeso en el que podían verse plantas y algunos arbustos medianos. Lo primero que vislumbramos fueron las viejas vías de la montaña rusa; mas allá se veía un gran cartel que desde lo alto y con letras negras indicaba el lugar del baño (*Toiletten*). Todo a nuestro alrededor tenía los signos del abandono, del pasado. Tuve la impresión de tener un viaje en el tiempo (o imaginaba que las luces y los juegos se encendían y todo comenzaba a funcionar en este espacio fantasmático de la ciudad). De un lado del alambrado, el río seguía corriendo y la gente continuaba caminando o haciendo ejercicio físico. Del otro lado, mi amigo y yo estábamos sumergidos en las ruinas de otro tiempo, vestigios de la extinta RDA ante nuestros ojos. En esa escena me sentía una testigo privilegiada. Continuamos nuestro andar y pasamos por la vieja, abandonada y resquebrajada pista por donde décadas atrás corrían los autitos chocadores, algunos de ellos todavía estaban allí, estacionados hacia un costado. Autitos chocadores herrumbrosos, oxidados, estacionados a un lado de la pista invadida por las matas que crecieron en las resquebrajaduras del cemento. Vuelvo a imaginar el pasado: gente joven, padres y niños jugando en la pista de los autos chocadores. Después de haber visto el film “La leyenda de Paul & Paula”⁸ (McLellan, 2011: 69), también podría sumarle a estas imágenes fantaseadas algunas de las primeras escenas de esta hermosa película donde aparecen jóvenes y adultos de ambos géneros divirtiéndose, riéndose y coqueteando en este parque.

Las luces y los sonidos se desvanecen de mi imaginación y con Frans seguimos caminando en silencio. Entonces, en aquel momento, pensaba qué sensaciones le provocaría a mi amigo el encuentro con este pasado, con los restos del parque de diversiones, mientras yo lo saboreaba con una nostalgia que no me pertenecía, que no era mía pero que aun así me resultaba cercana.

“Problemas”, me dijo en un momento Frans. Un hombre montado en una bicicleta, vestido de negro, que parecía ser un guardia de seguridad, comenzó a acercarse en dirección a nosotros. Cuando nos alcanzó, con voz grave y en tono alto comenzó a reprendernos. Primero le reprochó a Frans nuestra transgresión: “¿Porqué violaron el alambre?”; acto seguido le recordó que el parque era un sitio con acceso restringido: “Ustedes no están autorizados para ingresar, ¿por qué lo hicieron?”. Frans le contestó de manera diligente y obediente, y con un tono de voz suave que intentaba refrendar la autoridad de este señor; le dijo que él tenía razón pero que habíamos ingresado por un sector donde el alambre ya había sido abierto por otra persona, y que tan sólo me quería mostrar a mí el lugar del que le habían hablado sus padres. El guardia nos invitó a retirarnos. Lo seguimos, temiendo que nos hagan una multa de varias decenas de euros. Frans y el

guardia retomaron la conversación y comencé a sentirme un poco más relajada. Frans volvió a recordarle que no era nuestra intención violar la ley sino mostrarme el parque porque ese era un buen lugar para recordar. El hombre de negro entonces nos miró y dirigiéndose hacia los dos en alemán nos dijo que, de ser así, directamente deberíamos haber ido a la parte “habilitada para los nostálgicos”. A los pocos segundos nos encontramos frente a un sector del parque preparado para *nostalgia*: se trataba de un pequeño perímetro del antiguo parque rodeado de cinta (la típica cinta con la que se clausuran lugares), en el que habían construido baños nuevos y un kiosco donde se podía comprar un helado o pedir una cerveza. Miramos tristemente aquel paisaje. Luego nos enteramos que el gobierno de la ciudad de Berlín, al tomar conciencia de lo difícil que era restringir las visitas ilegales al parque, decidió recortar una pequeña parte de este escenario pasado y habilitar el ingreso algunos días y sólo hasta las 18 hs. Una vez fuera del parque regresamos hacia el centro de la ciudad pensando en las estrategias que el estado alemán ha elaborado para intervenir espacios, subjetividades y memorias, todos los posibles canales por donde discurre la nostalgia y la memoria de los antiguos ciudadanos del este. El estado es el anfitrión de la *Ostalgie* (estableciendo qué, cómo y dónde se puede recordar).



Kulturpark Plänterwald, fotos de archivo de la autora, junio de 2012.

Pareciera ser que *los alemanes del este* insisten en recordar, en producir nostalgias sobre la antigua RDA y sobre aspectos de la vida que llevaron allí. Y no sólo lo hacen los ciudadanos comunes, sino los directores de films, fotógrafos, historiadores, museólogos, coleccionistas privados, entre otros. No es lo mismo ser alemán del este que del oeste, *Ossi* oder *Wessi*. Ciertas zonas de Berlín se me presentan, en un vuelo imaginario y fantasioso, como las piezas de una ciudad playmóvil, ciudad de maqueta, socialismo de maqueta, vida de maqueta, tal como reconstruyen la vida privada y cotidiana en la RDA la mayoría de los museos destinados a tal fin (Ludwig, 2012; Paver, 2012). ¿Será porque la utopía socialista se basaba en una administración centralizada, igualitaria, aceptada y feliz de la vida? Utopía que devino, aparentemente, en una pesadilla burocrática y autoritaria. Utopía de control, administración y jerarquización de funciones; solo así

podía sostenerse una vida moderna en la modernidad socialista, la cual incluía una economía industrial y una economía rural cooperativizada aunque tecnológicamente atrasada, como dejan ver algunas novelas y artículos académicos que describen la vida rural en pequeños poblados de Alemania Oriental (Berdhal, 2010; Krien, 2011). También existía el derecho a la educación pública, gratuita y obligatoria; también era obligatorio aprender ruso como segundo idioma en toda la URSS y en muchos países de Europa Oriental. El acceso universal a la salud y la educación no sólo eran derechos sino obligaciones del “ciudadano comunista”. También existía una red de transporte público eficiente y el acceso y distribución medianamente igualitaria a las ventajas ofrecidas por los “avances tecnológicos puestos al servicio del pueblo”. ¿Era la familia o la “brigada de trabajo” la célula básica de esta modernidad socialista? (Lindenberger, 2012).

Las sociedades estatales socialistas y/o comunistas que apuntaron a construir modernidades socialistas o comunistas con el fin de producir y administrar un tipo de sociedad moderna no capitalista, nacieron al calor de un antagonismo marcado a fuego: aquellos hombres y mujeres *viejos*, propios de la economía libre del mercado, y hombres y mujeres *nuevos*. De las ruinas de la guerra perdida (la Segunda Guerra Mundial), la RDA se edificó sobre el mito de que esta nueva nación, este nuevo país, representaba la victoria que el movimiento de resistencia contra el nazismo había soñado: el país nuevo que se merecían los héroes de la resistencia contra el fascismo (Weitz, 1997; Ross, 2002). No obstante, algunos años más tarde, una parte de esos hombres y mujeres nuevos/as también soñaron con poder cruzar el “telón de acero”, *die Mauer*, aunque no necesariamente eso iba acompañado de la idea de “escapar” o “irse para siempre de la RDA”. En 1961 el muro de Berlín se construyó para detener violentamente la alta tasa de migración de profesionales que habían realizado sus estudios en la RDA. El “pueblo”, pues, había pagado su educación y no permitiría más el drenaje de sus ciudadanos hacia el mundo capitalista (McAdams, 1993).

En agosto de 2014 visité una exposición de fotografías sobre la vida cotidiana en la RDA.⁹ se trataba de series de fotografías tomadas por fotógrafos oficiales que colaboraron en diversas revistas y periódicos. En estas series podía verse retratada la vida prolija y moderna (especial-



Kulturpark Plänterwald, fotos de archivo de la autora, junio de 2012.

mente moderna) que vivía la población durante las décadas del 60 y 70. En estas “economías de la escasez”, una mujer, en su mismo lugar de trabajo (una fábrica), podía almorzar en la cantina, hacer las compras en una verdulería y en la tienda de la fábrica. Si tenía ganas o le quedaba tiempo hasta podía darse una vuelta por la peluquería para embellecerse (cortarse o teñirse el cabello, hacerse pintar las uñas). Me detengo en otras de las series de fotos: niños/as en una guardería infantil, mujeres trabajando en una cooperativa rural, fotos panorámicas de zonas de la ciudad, fotos de barrios plagados de monoblocks y autos. Vida cotidiana y diferentes aspectos de la sociedad civil es uno de los tópicos que han tomado y escenificado diferentes museos estatales y privados a la hora de narrar y mostrar las delicadezas y decadencias de la vida en el socialismo alemán (“la segunda dictadura que padeció Alemania” según las leyendas que rezan varios museos). Son varios los autores que vienen abordando esta oleada de rápida museificación de la vida en la RDA (Arnold-de Simine, 2012; Clarke y Wölfel, 2011; Beattie, 2011; Ludwig, 2011; Paver, 2012).

Mueller (2013: 197) señala que las imágenes sobre la vida en la RDA que se muestran en los museos y exhibiciones recrean una división tajante entre espacios políticos-públicos y el hogar en tanto espacio privado, concebido como un nicho donde las familias, en su intimidad, podían resguardarse del estado comunista represor (*Täterstaat*). Pero este tipo de diseño y narrativas no visibilizan la interacción social y política que realmente existía entre distintos sectores de la población y los niveles de los mandos altos y medios del partido y de las instituciones; tampoco cómo las personas sabían manipular distintas relaciones para satisfacer sus intereses personales. Este tipo de narrativas, además, tampoco dialogan con la producción académica de las últimas dos décadas ni con la historiografía de dis-

tinto tinte ideológico y teórico que viene complejizando estas dicotomías. Una de las paradojas es que esa misma cultura material de la RDA que aparece museificada en las vitrinas sigue formando parte de la vida cotidiana de millones de personas en la Alemania actual, especialmente en los estados del este. Mueller también señala el importante rol que jugaron la TV y otros medios masivos de comunicación en este proceso de rápida, homogénea e ideológica museificación desde el paradigma totalitario durante el proceso de reunificación y cambio (*das Wende*). Uno de los efectos más notorios de este proceso es que las memorias heterogéneas y dispares acerca de “cómo fue vivir en la RDA” quedaron atrapadas en una “forma homogénea de memoria colectiva” (Mueller, 2013: 198).¹⁰

En otra ocasión, también en el año 2014 y en pleno corazón de Berlín, visité una exposición audiovisual centrada en el rol que desempeñó la Stasi en la RDA (Exposición sobre la Seguridad del Estado de la RDA).¹¹ Esta muestra denotaba bastante inversión por parte del gobierno de la ciudad, era gratuita y contaba con varios recursos técnicos y audiovisuales que permitían realizar un recorrido propio y comprender mediante breves historias de vida las vicisitudes de personas que habían sido perseguidas, espiadas y/o arrestadas por la Stasi. También podían verse distintos instrumentos y objetos, así como leer acerca de las estrategias que utilizaban los agentes de la Stasi para invadir la vida íntima de una persona y perseguirla en ámbitos donde interactuaba (la escuela, la universidad, el trabajo, la calle, etc.). Además podían observarse varias fotografías de informantes formales y civiles (informales), estadísticas aproximadas de la cantidad de personal involucrada en el viejo aparato de seguridad, formas de espionaje desarrolladas en distintos espacios (colegios, universidades, fábricas). Todo ello enmarcado en una narrativa general que parte de la definición de la RDA como sistema totalitario o, como ya lo mencioné, como la Segunda Dictadura de Alemania. El itinerario serpenteaba hasta llegar a la Revolución de Noviembre, conocida fuera de Alemania como *The Peacefull Revolution*. Según se narra en esta y otras exposiciones de otros museos, fueron las protestas que comenzaron en Hungría y se desplegaron en varios países de Europa oriental –durante la perestroika iniciada por Rusia y las políticas económicas, sociales y culturales inauguradas durante este proceso– (Rius, 1990; Hardman, 2012), las que lograron ponerle un punto final al comunismo estatal y opresivo; fueron manifestaciones que llevaron adelante

miles de personas que salieron a las calles en ciudades, primero en Leipzig y luego en Berlín (Mundus, 2009).

Salgo de la exposición un tanto aturrida. A la vuelta de este lugar me encuentro con un puesto de los más típicos para los turistas: “el trabisafari”. Varios autos marca *Trabant* (Gatejel, 2012), objeto por el cual la *Ostalgie* suspira su desaparición (existen dos películas donde el pequeño auto es uno de los protagonistas; véase Hodgkin, 2011: 55),¹² se encuentran en fila estacionados uno detrás del otro. El negocio ofrece “zafarís” por distintos lugares emblemáticos de Berlín oriental o allí donde se condensaron material y espacialmente los antagonismos de la Guerra Fría. También es muy común en ciertas zonas turísticas de Berlín encontrar tiendas que venden “souvenirs” o productos emblemáticos de la vida en la RDA. Probablemente este tipo de tendencias comerciales para con los turistas responda a un tipo de mercantilización y fetichización de la *Ostalgie*, es decir: la formas de *Ostalgie* propias de los alemanes en torno a la antigua cultura material de la RDA pueden transformarse en mercancías para vender a los turistas, de modo que, de esta forma, ellos también puedan (o crean que pueden) experimentar (o simular una experiencia de) un acercamiento a una vida en la modernidad socialista o comunista que ya no existe, pero a la que podrían acceder transitoriamente a través de estos objetos (poseerlos o probarlos). Tal vez, lo que le otorgue un cariz sumamente atractivo a estos objetos-mercancías sea, nada más ni nada menos, su parecido a una mercancía capitalista, similar aunque distinta, puesto que es probable que también la modernidad socialista sea simbolizada como un alter ego (desconocido, temido, atractivo) de la modernidad capitalista.

La vida en la RDA vislumbrada en dos novelas

Entre mi primer (2009) y tercer viaje a Alemania (2014) leí algunas novelas que me introdujeron en el espíritu de aquel país y de aquella época (también leí algunas novelas contextualizadas en la Rusia soviética desde los años 50 en adelante). Traigo a colación, a modo de ejemplos, dos novelas que otorgan un espacio importante a la recreación de la vida en la RDA desde lugares muy distintos. Caracterizan “la vida en la dictadura comunista” con más o menos pesimismo, resignación, humor e ironía. Entre los elementos de la atmósfera de la vida comunista que se repiten en estas dos novelas cabe destacar: 1) el

transcurrir del tiempo, pues parecería experimentarse más lentamente ¿o cíclicamente?; 2) un presente diario que acontece sin estar amarrado a ningún imaginario acerca de un futuro plagado de expectativas y cambios (dado que “el futuro” ya había llegado, en la concepción teológica marxista oficialista), o donde los cambios en la vida de una persona se asociaban a transformaciones en el ciclo vital y al consecuente ingreso y participación en el mundo del trabajo y en distintas instituciones; 3) los personajes experimentan vidas cotidianas grises y aburridas, características que, como mencioné, suelen ser reconstruidas en muchos de los museos dedicados a la RDA; 4) suelen aparecer diversas tensiones entre *los alemanes del este* (el mundo alemán comunista) y *los alemanes del oeste* (el mundo alemán capitalista), división epitomizada en el muro de Berlín.

En su novela *Animal Triste*, Monika Marron (1996) denomina a los 40 años de duración que tuvo la RDA como la ‘época extraña’. La protagonista de su libro, una paleontóloga que se lamenta ante su carrera frustrada al verse obligada a trabajar en un museo con escasos recursos, y sin la posibilidad de viajar a ningún lado fuera del bloque del este y de la URSS, rememora de manera obsesiva y melancólica su historia de amor con su amante en Berlín Oriental durante los últimos años de la RDA y los primeros meses de la transición (el proceso de anexión y reunificación):

Yo viví en una época extraña; cuando conocí a Franz, ésta acababa de terminar. Ya no leo el periódico y, aparte del cajero de mi banco, no conozco a nadie con el que pudiera intercambiar alguna palabra. Por eso no sé la opinión que se tenga ahora de esa época ni cómo se hable de ella. Pero no me puedo imaginar que hoy exista todavía alguien que entienda cómo fue posible que una banda de gánsters, haciéndose pasar por un movimiento internacional de liberación, hubiera logrado aislar herméticamente del resto del mundo a toda Europa oriental, incluyendo los mares interiores, algunas islas y las aguas territoriales, presentándose como sus gobernantes legítimos. Todo esto sucedió a consecuencia de una guerra, provocada y perdida por una banda de gánsters nacionales, es decir, alemanes. Entre los ganadores se encontraba una república de Asia occidental, que era gobernada desde hacía décadas por los mencionados bandoleros y a la que, como recompensa por su victoria, le fue entregada Europa Oriental, de la que formaba parte media Alemania, incluyendo media ciudad de Berlín, donde mi desdichada madre me parió entre dos detonaciones de bombas.

En mi juventud leí un libro, llamado mil novecientos algo, en el que se describían aproximadamente las circunstancias en las que vivíamos, sólo que con nosotros todo carecía todavía más de sentido, cosa que, presumiblemente, se debía sólo a la estupidez de los organizadores. Gracias a Dios, he olvidado mucho de lo que pasó durante esos cuarenta años. La mayor parte era de por sí demasiado absurda como para poder recordarla. (Marron, 1996: 18-19)

Como todas las vidas en Europa Oriental, también la mía se vio sometida a la arbitrariedad del absurdo y se dispuso de ella con crueldad (...) Aproximadamente a trescientos metros de nuestro Museo corría el Muro que se había erigido alrededor del enclave de Europa Occidental ubicado en medio de Alemania Oriental, alrededor de la parte occidental del Berlín. Durante sus décadas de existencia me pareció secundario el hecho de que me separara de la parte más grande de mi ciudad, a pesar de que nunca dejó de extrañarme que esa banda de malhechores se haya salido con la suya y que los cuatro millones de habitantes de la ciudad hayan acatado esa pétrea insolencia de la misma manera que los californianos tuvieron que aceptar el hecho de que un día la Falla de San Andrés irrumpiera de manera definitiva en sus vidas. (Marron, 1996: 45)

La novela de Daniela Krien (2013) *Algún día nos lo contaremos todo*, ambientada en un pueblo rural muy pequeño situado en la frontera norte del este alemán durante el último año de vida de la RDA, muestra a los jóvenes de los años 90 observando cómo el país donde nacieron se va desvaneciendo ante sus ojos. Un país se desvanece y los jóvenes y adultos asisten a ese acontecimiento más como espectadores ajenos que como protagonistas (de hecho, se enteran de los últimos acontecimientos por las noches, cuando se sientan en la mesa a cenar y mirar la TV):

El 31 de agosto por la tarde, un viernes, estamos todos ante el televisor viendo las noticias. Se ha firmado el tratado de reunificación: la RDA es anexionada a la República Federal de Alemania. Seremos un solo país. Siegfried pone cara de preocupación y dice:

-No pueden imponernos sin más todo su sistema. La adaptación tendrá que ser lenta, de lo contrario aquí no tardará en reinar el caos.

Marianne le resta importancia:

-Ya estamos... Tú de momento alégrate y punto.

-Las cosas no son así. En breve aquí no funcionará

nada si de repente todos deben trabajar como en el otro lado –contesta él, negando con la cabeza.

Me cuesta escuchar, me pierdo en divagaciones y me pregunto si Henner también estará viendo la tele, aunque en su casa no he visto ningún televisor. La reunificación tendrá lugar el 3 de octubre, y a partir de esa fecha la RDA dejará de existir. Qué extraño. El país donde hemos nacido se desintegra sin más, desaparece para siempre. Johannes está muy nervioso y bebe demasiado. Creo que se siente feliz. En el fondo Siegfried tampoco parece descontento, es sólo que siempre tiene que poner reparos. Marianne cambia de tema y dice que quiere ver pronto, a toda costa, las montañas de Baviera. Hartmut y Gisela han dicho que pueden ir a visitarlos cuando quieran, pero para la celebración de la reunificación vendrán ellos de nuevo. Johannes está como loco y no quiere celebrar la reunificación en el pueblo, sino en una ciudad grande. Frieda y Alfred no paran de decir “ay” o “ya”, y Lukas se aburre un poco. Pero Siegfried no deja que se vaya a su cuarto.

-Grábate esto en la memoria, es un momento histórico.

Por mi parte, capto la solemnidad de la ocasión, y durante un rato todos callamos y escuchamos a la locutora. Que es la misma de siempre. Antes hablaba de las sesiones de la Cámara Popular y de los planes anuales.

Sin embargo, de pronto Siegfried da un respingo y se levanta. Se pasea un poco y vuelve a sentarse.

En el molino de Höfer, en F., las máquinas son de antes de la guerra. Como tenga que cumplir la normativa del Oeste, adiós muy buenas. Y en la fábrica de papel otro tanto, lo sabes de sobra, Marianne, las máquinas son viejísimas. Fui a ver a Hartmut y estuve en la explotación ecológica. Allí las disposiciones son muy distintas. Ya sólo la seguridad. Así no habrá manera. Lo que yo te diga, aquí pronto los que se queden sin empleo serán muchos más que los de la planta química donde trabajaba la madre de María. (Krien, 2013: 146-147)

En esta misma novela transcurre una historia amorosa entre una joven de 17 años y un hombre, llamado Henner, que la dobla en edad:

Son muchas las cosas que nos separan y alguna las que tenemos en común, que son las que prefiero oír. Al igual que yo, Henner fue pionero, si bien no entró en la Juventud Libre Alemana ni participó en la ceremonia de iniciación cívica. No puede decirse que fueran enemigos del Estado, los Henner ni siquiera se interesaban por la política. Sólo querían

llevar tranquilamente su finca. Cierto es que su madre odiaba a los rusos, pero por otros motivos.

Yo tampoco entré en la Juventud Libre Alemana, lo cual tuvo que ver sobre todo con David. Las condiciones de su afecto fueron claras: no le interesaba una simpatizante, aunque más tarde se enamoró de una y no volvió a dirigirme la palabra, pero no me importó, pues para entonces yo ya conocía a Johannes.

Tanto para Henner como para mí eso tendría consecuencias determinantes: no podríamos sacarnos el título de bachiller ni estudiar en la universidad. En mi caso la caída del muro lo cambió todo; para Henner fue demasiado tarde. (Krien, 2013: 163-164)

A lo largo de la novela la autora recrea un clima donde los protagonistas irán experimentando signos de desvanecimiento y un sentido de incertidumbre existencial completo: “No sabemos que va a ser de nosotros ni dónde estaremos dentro de un año” (Krien, 2013: 169).

Dentro y fuera de la casa reina un gran ajetreo. Comienza la tercera semana de julio. La visita es inminente. A Frieda no hay quien le hable, la cocina, siempre ordenada, es ahora un caos. Se hornea, se cocina, se limpia. El pueblo entero lo sabe ya: mañana llegan los del Oeste. (Krien, 2013: 47)

Después fuimos al norte, casi hasta la frontera; en las despedidas siempre se vertían muchas lágrimas. Allí arriba, en casa de los abuelos, fue donde vi por primera vez el Oeste. Hicimos una excursión a la pequeña ciudad de D. La franja fronteriza con su alta alabrada de púas lindaba con una calle de la ciudad. Allí, en un tercer piso de una casa de alquiler, vivía un pariente de mi madre. Desde las ventanas se veía la parte occidental. Al otro lado del Elba y los campos se alzaba una única casa; nunca podría ir allí. Me acuerdo bastante bien de lo que pensé y sentí. Tenía unos siete años y era incapaz de apartar los ojos de aquella casa. Resultaba incomprensible que a sólo unos cientos de metros vivieran personas a quienes jamás podríamos conocer. ¡Si casi las veíamos! Y ellas a nosotros. Habríamos podido saludarnos con la mano o hacernos señales luminosas, como yo con mi novio, que en mi pueblo vivía en la casa contigua a la mía. Se me encogió el estómago, y todavía recuerdo que no quise comer el pastel que habían llevado, aunque fuera de fresa.

Y cuando, tras despedirnos del tío, bajamos la escalera y salimos a la calle, corrí hasta la valla y me aferré al alambre. Mi madre me gritó que volviera y al final tuvo que apartarme de allí a rastras. Al

otro lado, los pastores alemanes ladraban y un soldado levantó el arma y vociferó:

-¡Quita las manos de la alambrada!

Algo así no se olvida.

Ahora hace casi un año que podemos pasar al otro lado, y ya lo hemos hecho dos veces. (Krien, 2013: 104)

He citado extractos de estas dos novelas porque a partir de ellas podemos entrever algunos aspectos del modo de vida que podían llevar distintas personas (y sectores de la población) en el socialismo alemán, así como algunas de las vicisitudes de sus personajes. La literatura ofrece otras narrativas acerca de la vida pasada en la RDA, por ejemplo, en lo que hace a la reconstrucción del peso que tenía la Stasi en la vida privada de las personas, como *Sugiero que nos besemos* de Rayk Wieland (2013) y *Amores en Fuga* de Bernand Schlink (2002). Allí puede verse que, sin dejar de reconocer el carácter disciplinador, invasivo, coercitivo y represivo de la Stasi, se desdramatiza con ironía y humor el peso de esta institución, al poner en ridículo muchos de sus mecanismos para intimidar a las personas comunes; desde luego, hay que considerar que esta actitud aparecerá después de la reunificación, es decir, una vez que la Stasi desapareció y pudo ser ampliamente cuestionada y repudiada (Bathrick, 2011).

En las novelas que cité más arriba, los personajes, además, encarnan algunas actitudes y opiniones que he podido observar en mis propios interlocutores/as, como por ejemplo la alteridad y el extrañamiento (además de la nostalgia) en torno a la antigua RDA. Un extrañamiento que en el caso de los personajes de *Algún día nos lo contaremos todo* formaba parte de su vida cotidiana en ese mismo sistema, ya que parecen observar, desde afuera, los acontecimientos que llevaron a su “desaparición” o desvanecimiento. Esta actitud de extrañamiento, incertidumbre, sorpresa y distancia hacia los acontecimientos de fines de la década del 80 aparentemente fue experimentada, también, por algunos de mis interlocutores/as, pues en varias ocasiones les oí decir frases como “mi país desapareció muy pronto”, o relatarme los acontecimientos de esos últimos días como completamente inesperados. Por último, la división entre el este alemán comunista y el oeste capitalista, muy presente en los personajes y escenarios de estas novelas (y simbolizada en el muro pero también en objetos, tecnologías y habitus diferentes y hasta contrastantes), suele formar parte de la dialéctica identi-

taria de *los alemanes del este* en la actualidad. De allí que me interesa continuar explorando en el futuro cruces posibles entre literatura y etnografía para enriquecer esta investigación.

En el próximo apartado me detendré en algunas discusiones y argumentos que sostienen autores reconocidos de la bibliografía académica que discute sobre las implicancias y significados de la *Ostalgie*. Considero que estas producciones no están exentas de un punto de vista *pro* o *contra* el rescate de aspectos positivos de la vida en la RDA. Las producciones académicas conforman un concierto de voces que intervienen en las disputas políticas actuales acerca de cómo calificar y/o denominar al comunismo/socialismo de estado.

***Ostalgie*: dinámicas de la memoria e identidad de los alemanes del este**

La *Ostalgie* (nostalgia por distintos aspectos económicos, sociales y culturales de la vida en la RDA) es un tipo de memoria cultural de carácter nostálgico que, pasados los primeros años de la caída del muro, afloró entre muchos *alemanes del este*, quienes también utilizan el término *das Wende* (el cambio) para referirse a los tiempos de la “transición”, cuando la estructura socioeconómica e institucional de la RDA pasó por un proceso de desmantelamiento y anexión a la Alemania capitalista (proceso que la narrativa oficial estatal denomina “reunificación”). Las consecuencias de este cambio para *los alemanes del este* están siendo consideradas y estudiadas, pero entre las más importantes (además de los cambios económicos que les depararon una “ciudadanía de segunda”) destacan aquellas ligadas a la reconfiguración de las identidades. En la dialéctica identitaria que experimentaban los ciudadanos de la RDA, durante cuarenta años, las oposiciones antagónicas *ser del oeste/ser del este* o *capitalismo/comunismo* eran cruciales en tanto referían a una diferencia primordial: haberse socializado en la Alemania de posguerra capitalista -reconstruida con una enorme inyección de ayuda extranjera por parte de Estados Unidos (Plan Marshall)- o haberse socializado en la Alemania comunista. También expresaban la bipolaridad del mundo implicada en la Guerra Fría. El “colapso”, “desmantelamiento” y “anexión” de la RDA han dejado huellas y, en el presente, continúan produciendo efectos en las identidades, subjetividades y biografías de sus antiguos ciudadanos adquiriendo tintes nostálgicos, dramáticos, irrisorios, insólitos y políticos. Fue-

ron aproximadamente 18 millones las personas que durante cuarenta años se socializaron en un sistema (económico, político, cultural y social) que muy rápidamente (o de manera inesperada) dejó de existir.

Para algunos autores como Hodgkin y Pearce (2011), la *Ostalgie* es un tipo de nostalgia y melancolía que comenzaron a profesar muchos ex ciudadanos de la RDA al principio de la década del 90 y, sería, básicamente, una “celebración irónica” del pasado que se desentiende de los aspectos dictatoriales de la RDA. *Ostalgie* puede producirse a partir del recuerdo de objetos de la antigua cultura material de la RDA (comidas enlatadas, ropas, símbolos comunistas del partido, banderas, prendedores, bebidas, el famoso auto *Trabant*, el único al que podían tener acceso *los alemanes del este*, etc.). Estos objetos fueron progresivamente transformados, primero mediante el rescate y la memoria de las propias personas, y luego, por obra del mercado, en nuevos objetos de consumo a través de su fetichización. Fetichización especialmente dirigida a los turistas y foráneos que se muestran interesados en obtener alguno de estos objetos como recuerdo de su paso por Berlín (Hodgkin y Pearce, 2011: 11). Estos autores también sostienen que cuando se considera el “sentido de pérdida” que sienten muchos ex ciudadanos de la RDA hay que tener en cuenta que no extrañan al estado, sino ciertos ideales a los que ese estado estaba asociado (guarderías, trabajo seguro, comida y transporte público barato).

Al mismo tiempo, la nostalgia por aspectos materiales y sociales de la vida en el RDA viene generando nuevos espacios entre *los alemanes del este*, donde se construyen lazos comunitarios y sentidos de una comunidad (perdida), estimulando la producción de memorias positivas sobre el pasado en la RDA. Que la *Ostalgie* sea un asunto de *los alemanes del este* es muy entendible, pero habría que pensar en otras claves para entender la ola de *Ostalgie* fetichizada que, al parecer, seduce también a los foráneos. Intenté esbozar algunas ideas sobre esto hacia el final del segundo apartado en este artículo.

Para Peter Thompson (2011), la *Ostalgie* sería un tipo de respuesta, de contra-memoria frente a la dislocación temporal, psicológica, social, geográfica y política que vienen viviendo *los alemanes del este* desde la caída del muro. La *Ostalgie* les recuerda la “pérdida de una pérdida”, es decir: la pérdida del socialismo realmente existente que al mismo tiempo fue un socialismo que no fue (Thompson, 2011: 11). Así, para

Thompson, la *Ostalgie* representa un sentido de pérdida atado a un objeto de deseo (el socialismo) pero que, en verdad, se trataría más del “deseo” que del “objeto de ese deseo”. La *Ostalgie* representa (como identificación nostálgica y común en los alemanes de la RDA) un deseo sublimado de libertad, más allá de la que ofrece la presente situación (el capitalismo, la globalización), pues esta nostalgia evocaría la búsqueda de *un futuro que se perdió en el pasado*, más que el deseo de retorno de un pasado cuyo futuro socialista o comunista se vio estancado o distorsionado (Thompson, 2011: 252). Thompson toma de Ernst Bloch la idea de que el pasado contiene elementos de un futuro que no se ha realizado; así, la *Ostalgie* es la expresión de una esperanza viva para el futuro, independientemente de como éste se vea o deba ser (Thompson, 2011: 252). La obra de Bloch ha estado centrada en cuestiones vinculadas a la esperanza, el deseo, la utopía, la creencia, el impulso. Como principio, la esperanza, busca trascender el presente aunque esta posibilidad de trascendencia esté enraizada en las condiciones presentes. Estas “condiciones presentes”, a su vez, emergen del pasado, y es ese pasado el que continúa condicionando lo que es posible o será posible en el futuro (Thompson, 2011: 254). Mirar hacia el pasado para ver hacia el futuro es uno de los puntos donde se detiene Thompson, quién además arroja datos bastante reveladores: 20 años después de la caída de la RDA, el 57 % de los alemanes que vivieron allí afirman que este sistema tenía más lados positivos que negativos, el 49 % cree que había muchos problemas pero que era posible tener una buena vida, un 8 % fue de la opinión de que la vida era mejor en la RDA y un 11 % querría que la RDA “vuelva a existir” (Thompson, 2011: 251).

Según Thomas Abhe (2011), la *Ostalgie* es un tipo de reacción popular contra los discursos que los medios de comunicación, el estado, los museos y distintas instituciones crean sobre el pasado de la Alemania del este, generalmente narrados desde puntos de vista “occidentales” (capitalistas) y en busca de diversas instrumentalizaciones políticas. Así, se trataría de un *Ost-Diskurse*: un discurso bastante extendido sobre la identidad de *los alemanes del este* elaborado por la prensa de Alemania del oeste, prensa en la que actualmente no tienen mucha injerencia *los alemanes del este* ya que prácticamente no están presentes en los cargos más altos de casi ninguna institución. Así, los debates acerca de cómo fue este pasado tienen un impacto directo en las políticas de la sociedad contemporánea alemana.

En la política, en los medios, en la educación, en los debates públicos sobre la historia reciente y en los “sitios de memoria” puede observarse la dominancia del paradigma totalitarista para narrar la experiencia comunista de la RDA.

A partir de 1990 la teoría del estado totalitario fue central en la historiografía sobre la RDA (Abhe, 2011), como también en los estudios académicos sobre el funcionamiento de los estados comunistas soviéticos (Adamovsky, 1997). Además también lo fue la priorización de análisis centrados en los aparatos de coerción y persecución civil, los crímenes y los ciudadanos como víctimas. El *Instituto Hannah Arendt para la Investigación sobre Totalitarismo* –el cual comenzó a funcionar en 1993– tuvo un rol fundamental en la expansión del paradigma totalitarista, el cual deja de lado el interés por explicaciones que permitan entender ciertos fenómenos como la alta conformidad y la identificación de numerosos grupos sociales y sectores de la RDA con el régimen establecido (Abhe, 2011: 223). A pesar de que en los últimos 20 años se realizaron numerosas y detalladas investigaciones sobre la RDA, cientistas políticos, historiadores, sociólogos e historiadores culturales suelen formular preguntas que, tanto en su naturaleza como en la interpretación de resultados, reflejan perspectivas propias de los “alemanes del oeste”. Los discursos políticos y mediáticos tienden a presentar un solo lado de la historia: el régimen de la RDA, los crímenes cometidos, las persecuciones, etc. Y se dedican muy poco a difundir aspectos de la vida cultural y la vida cotidiana.

Pasados el nazismo y la separación, las rivalidades entre Alemania del este y Alemania del oeste expresadas en las narrativas que creaba cada estado para construir identidades nacionales y políticas, se anclaron en varios focos: formas distintas de lidiar con la culpa colectiva frente al pasado nazi, frente a la división traumática del país y a los dos sistemas sociales antagónicos en los que cada mitad quedó inserta. En esta dialéctica de construcciones identitarias nacionales, lo que el otro estado “hacía mal” solía ser tomado como una marca ventajosa para la construcción de la identidad nacional propia (Abhe, 2011: 221). Por ejemplo, la comparación de la RDA con la dictadura nazi así como su definición como sistema totalitario tuvo resonancia ideológica en la Alemania occidental hasta mediados de los años 60 (Abhe, 2011: 222). Frente a este tipo de acusaciones, el SED (*Sozialistische Einheitspartei Deutschlands*) publicó un libro de varios tomos donde denunciaba el pasado nazi de numerosos

funcionarios y burócratas de la RFA. Distensiones formales comenzaron a producirse a partir de la firma de un tratado de común acuerdo en 1972. Abhe señala que las percepciones de la RFA sobre la RDA comenzaron a matizarse cuando los primeros pudieron conocer de cerca las condiciones de vida cotidiana en la RDA; sin embargo, a partir de entonces las críticas se desplazaron a estos aspectos, fomentando una lógica competitiva antagónica que, para el caso de la RDA, también fue *agónica*.

Diferentes definiciones respecto a la pertenencia e identidad de clase entre alemanes del oeste y del este contribuyeron a reforzar las tensiones en la construcción de identidades. Abhe señala que en la RFA dominaba un paradigma psicológico y sociológico de clase media, mientras que en la RDA lo era el de clase trabajadora. En 1992-93, el 61 % de aquellos que provenían de la RDA, descendientes de trabajadores, se definían a sí mismos como clase trabajadora o clase baja y sólo el 37% se consideraba de clase media, mientras que en la RFA, el 57 % se definía como clase media y sólo el 29 % como clase trabajadora (Abhe, 2011: 225). Estas identificaciones bajo dos clases aparentemente distintas se reflejaban en modos de socialización diferentes y de interacción personal. Recordando un estudio realizado por un terapeuta, Wolf Wagner, quien utilizaba el término “choque cultural” para describir las interacciones, desencuentros y malentendidos entre *alemanes del este* y del oeste durante la reunificación, Abhe dice:

Por consiguiente, aquellos socializados en Alemania Occidental se ven a sí mismos como estando en competencia con aquellos que los rodean y se esfuerzan por lograr su individualidad y su auto-realización. De acuerdo con Wagner, para aquellos socializados en la RDA, la comunidad toma precedencia sobre la individualidad, y la cohesión y el ajuste de lo colectivo se tiene en mayor estima (Abhe, 2011: 228; mi traducción)

También agrega que la *Ostalgie* frecuentemente ha sido identificada como un tipo de nostalgia que banaliza lo ocurrido en la RDA y/o relativiza los crímenes cometidos por el estado contra sus ciudadanos. Sin embargo, Abhe ve en ella una posición defensiva en relación a los cambios producidos por la transformación (*das Wende*), y una manera informal que encontraron *los alemanes del este* para atravesar y lidiar con profundos cambios:

El sentimiento acerca de sentirse ciudadanos de segunda clase, todavía muy extendido entre los

alemanes del este, está basado en el sentido tangible de ser materialmente más pobres, así como lo es el sentimiento de que las memorias específicas, interpretaciones y valores para gran parte de la población de la antigua RDA no están integradas en “discursos provenientes de Alemania del este” en los medios, la educación y en la política, sino que simplemente son ignorados o incluso estigmatizados. Esto es particularmente evidente en la cultura del recuerdo y en las políticas históricas. (Abhe, 2011: 239; mi traducción).

También Hodgkin y Pearce (2011: 13) lo señalan: “aún existen graves desigualdades económicas entre Alemania del este y del oeste, en parte como resultado de diferentes patrones de socialización” (Hodgkin y Pearce, 2011: 13; mi traducción). Abhe cita los datos de algunas encuestas que muestran que la mayor parte de *los alemanes del este* entrevistados no creen que la RDA haya sido un régimen reprehensible destinado a fracasar desde sus inicios (Abhe, 2011: 240). Casi el 75 % respondió que realmente creyó que fue un intento por construir una sociedad mejor, más justa y que lamentablemente falló en gran parte debido a los rasgos autoritarios del sistema. En otra entrevista realizada en 2009, dirigida a las nuevas generaciones (personas que eran niños o muy pequeños cuando el muro cayó), se revela que los entrevistados no creían que la RDA haya sido un *Unrechtsstaat* (un estado injusto y criminal).

En síntesis, y retomando la idea de fragmentación de la memoria colectiva en la RDA del historiador Martin Sabrow, Abhe (2011: 239-240) encuentra tres tipos de memoria, aunque no deja en claro —con excepción del primer caso— quiénes serían los sujetos detentores de cada una de ellas: 1) memorias fomentadas por el estado, orientadas a narrar a la RDA como dictadura y, por tanto, focalizadas en los aparatos de represión y persecución y en la dualidad de perpetradores y víctimas; 2) memorias centradas en narrar los conflictos, las negociaciones y las soluciones en una sociedad heterónoma, focalizadas en comprender la relación entre el poder del estado y la normalidad de la vida cotidiana. Abhe las define como memorias que se vinculan a la idea de que “no todo estaba tan mal”; 3) memorias que rescatan diversos aspectos de la RDA por estar ligadas a proyectos ideológicos socialistas o postcapitalistas: estas narrativas, por supuesto, tienen poca presencia en sitios de memoria pública y suelen ser producidas por miembros de las viejas elites de la RDA y por colectivos de militancia de una nueva izquierda que busca desprender esta experiencia de la

comparación con la dictadura nazi.

Mary Fullbrook, una de las historiadoras más difundidas y dedicada a investigar diversos aspectos de la RDA, comienza uno de sus trabajos (Fullbrook, 2011) comentando que durante los juicios que tuvieron lugar en la década del 90 (Comisiones Parlamentarias de Indagación o *Bundestags EnqueteKommissionen*), la clase política del oeste buscó condenar y enjuiciar a los culpables de los males de la “dictadura de la RDA”. La TV cotidianamente pasaba programas sobre las persecuciones y el rol de la Stasi. Cuando se abrieron los archivos a principios de los 90 (entre ellos, los archivos de la Stasi a los que pudieron tener acceso todos *los alemanes del este* después de una toma pacífica de la oficina central), la historiografía de la RDA inicialmente se focalizó en la represión y coerción, explorando el tipo de aparato de poder que fue la RDA y los modos en que las personas se veían obligadas a trabajar como cómplices —y por tanto participes— de la “segunda dictadura de Alemania”. Aparentemente, tanto los historiadores occidentales como los historiadores disidentes de Alemania del este compartían esta versión de la historia (Fullbrook, 2011: 202), apoyados en la teoría del totalitarismo. La condenación de la RDA como una dictadura generó reacciones de enojo en los sucesores del partido (PDS y otros) y existieron disputas y discusiones acerca de la definición de ese pasado o de ese sistema social. A esto se agrega que muchos *alemanes del este* comenzaron a sentir que su propia historia estaba siendo distorsionada por la prensa y la clase política del oeste (Fullbrook, 2011: 203).

En su análisis, Fullbrook, se propone considerar un aspecto menos familiar y marginal en el común de las investigaciones: cómo las experiencias y memorias sobre la RDA están moldeadas por patrones generacionales y, dentro de éstos, por los orígenes de clase, por las experiencias *antes, durante y posteriores* a la Segunda Guerra, y fundamentalmente, por el hecho de haber nacido o no en la RDA. Para ello se basa en el uso de ego-documentaciones (cartas, memorias, diarios personales, etc.), analizando la formación y transformación de los grupos generacionales a través del siglo XX. Su análisis toma en cuenta más de 40 historias de vida y 270 cuestionarios realizados antes y después del año 2005, los cuales proveen una muestra acerca de las visiones que *los alemanes del este* elaboran sobre su propio pasado:

(...) una vez explorada en términos de las diferentes experiencias y percepciones de subsiguientes

generaciones, los hallazgos están más diferenciados y ayudan a echar una luz intrigante en las maneras en que la dictadura de Alemania del Este era variadamente sostenida, socavada, y luego recordada. (Fullbrook, 2011: 204; mi traducción)

Según la autora, entre los “padres fundadores de la RDA” se encontraría una minoría de hombres que sobrevivió a la persecución, el exilio, la prisión y los campos de concentración y que, en el caso de haberse exiliado, pudo regresar al territorio alemán y participar de la construcción del partido, ascendiendo en el mismo gracias a la ayuda de la URSS. También menciona otro grupo generacional, una segunda generación de guerra a la que denomina “los 1929”: gente que nació entre la mitad de los años 20 y los 30 y se crió enteramente durante la dictadura nazi, y que, una vez en la RDA, se volvió fervorosa comunista.¹³ Dice Fullbrook que estos jóvenes se volvieron el “backbone” del sistema de funcionarios de la RDA y, entre sus ciudadanos, sus más fervientes defensores. Eran miembros del SED o de los partidos del Bloque y tenían cargos altos en las organizaciones de masa, en las “fábricas del pueblo”, los conglomerados industriales, los medios, la ciencia, la tecnología y las instituciones culturales. Así, se trataba de defensores vehementes de la RDA, los menos religiosos y, luego de la caída, los más nostálgicos. Antes de construirse el muro, muchos de los miembros de la generación de “los 1929” eligieron irse (los profesionales más jóvenes), pero muchos otros decidieron por voluntad quedarse, ya sea por razones familiares o por una razón de “sentido de Heimat” (la patria, tierra o lugar de origen). Otro colectivo generacional sería el de aquellas personas que eran niños durante la dictadura Nazi, a los que denomina “Los niños del Tercer Reich” o “Los niños de la Guerra”, más jóvenes que “los de 1929”; estas personas también vivieron conscientemente la creación de la RDA y del muro, aunque tendrían actitudes distintas a los “nacidos en la RDA” (más jóvenes todavía) –ser más religiosos, por ejemplo.

Respecto de las cohortes generacionales nacidas en la RDA después de los años 50, Fullbrook sugiere esta división: a un extremo del espectro habría una pequeña minoría de disidentes; en la otra punta una minoría de fervientes defensores del régimen, y en el medio, una gran mayoría que vivía “desafectada”, la cual mostraba actitudes conformistas y cuyos horizontes se circunscribían a tomar lo mejor del presente más que a construir un futuro mejor, sin sentirse seriamente movilizada por la “causa utópica”. Otro rasgo común esta generación, presente en las memo-

rias biográficas de sus protagonistas, es que la construcción de sus vidas como adultos en los años 50 coincide con la creación del nuevo estado (la fase más utópica, idealista y creativa de la RDA bajo Walter Ulbricht, según la autora), un estado que les brindaba nuevas posibilidades para sus vidas luego de haber pasado por las durezas de la Segunda Guerra.¹⁴ Así los “nacidos y criados en los comienzos de la RDA” afirman que los mejores años de sus vidas (además de sus años de infancia) fueron las décadas del 50 y del 60. Durante esos años crecieron, se enamoraron, mientras el estado les ofrecía la posibilidad de trabajar, construir una familia, descansar y también divertirse.

No obstante, al considerar las diferentes actitudes y estrategias de adaptación en diferentes colectivos generacionales (“aquellos que ayudaron a construir aquel estado y aquellos que contribuyeron a derribarlo”), Fullbrook opina que, por lo general, la gente común (que no era miembro del partido ni de ninguna de las instituciones como la Juventud Libre Alemana) mostraba una actitud de “conformidad y quejosa adaptación”, también de desafección. También señala que otros estilos de vida alternativos podían existir, dado que no representaban una amenaza para la estabilidad del régimen (Fullbrook, 2011: 211).

Palabras finales

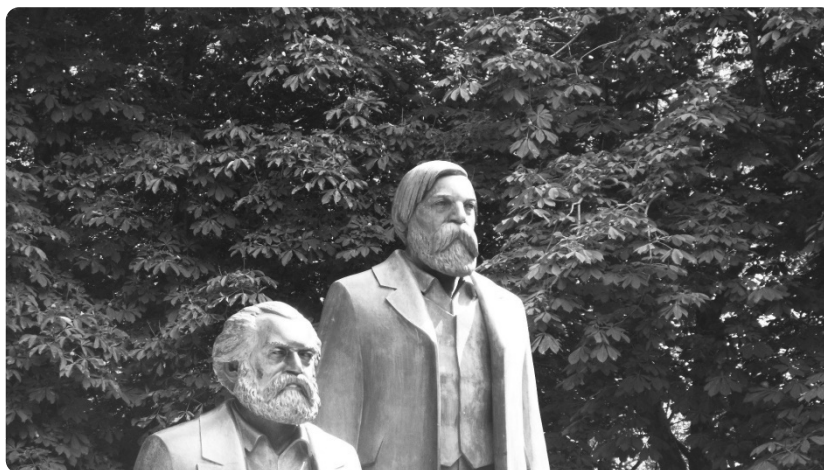
En un principio, parte de mi imaginario personal sobre el pasado de la RDA en Berlín estuvo hecho en base a unas fotos viejas que encontré en un libro que compré durante mi segundo viaje a Alemania (Hauswald y Rathenow, 2005): el Berlín de la RDA era ruinoso, sus calles eran fachadas grises con edificios viejos, charcos de agua, sillones en las veredas, colectivos de hippies y otras tribus urbanas durmiendo en colchones en departamentos que nunca fueron restaurados pasada la Segunda Guerra Mundial. Recuerdo muy bien cuando le mostré ese libro a Frans y, mientras mirábamos las fotos asombrados, me dijo: “este es un país donde yo nací pero que no conocí ni conozco”. Cuando cayó el muro Frans tenía 3 años.

¿Qué fue de esa tierra? ¿De esa *Heimat* para los alemanes del este? En mi último viaje a Berlín encontré otro libro en la biblioteca estatal, se titulaba “Eros y Stassi”. En su mayoría se trataba de fotografías en blanco y negro de desnudos femeninos tomados en departamentos que parecían estar destartados. La vida de Berlín oriental, su

flojedad y el derrumbe de esas calles: ¿Qué espíritu fue el de esos tiempos? No lo sé pero intuyo, por las lecturas y conversaciones que mantuve con alemanes/as del este hasta ahora, que existieron otras formas de sociabilidad más colectivas. Esas y otras fotografías me llevaron a imaginar estados de ánimo que podrían albergar las subjetividades socialistas: hastío, flojedad y entrega al espíritu de aquella época. Al mismo tiempo, son instantáneas que muestran que en el pasado, en pleno régimen comunista, existían complejas formas de contra-cultura y una vida cotidiana donde las prerrogativas morales y prácticas del partido, el estado y “la cultura del trabajo”, se vivían de manera más relajada, se burlaban y tal vez hasta podían ignorarse.

Lo que les dejó a *los alemanes del este* la utopía socialista no consumada podría ser formas de sociabilidad que todavía muchas personas encarnan y que forman parte de su vida cotidiana. Esto mismo dice Linderberger (2011), otro de los autores más reconocidos en el análisis sobre las relaciones entre estado y sociedad en la antigua RDA. Esas formas de sociabilidad que las personas construían en su vida cotidiana, en las brigadas de trabajo o en las distintas formas de activismo social, se encuentran entre las prácticas culturales que más extrañan y rememoran los ex

ciudadanos de la RDA. Pero el autor, a pesar de que menciona esto, sólo se interesa por los aspectos funcionales del antiguo sistema o “dictadura del estado socialista”. Entiende que las brigadas de trabajo o los cuerpos de voluntarios que trabajaban bajo los oficiales de la Policía del Pueblo (en tareas de vigilancia, control, etc.) estaban allí cumpliendo “funciones” que ayudaban a sostener el “orden en la sociedad” y que, si bien los espacios de comunidad promovían la cooperación, la camaradería y permitían pasarla bien (juntarse a charlar, beber y comer), tenían en su accionar y poder límites muy estrictos, que no escapaban de los que el SED definía como “participación voluntaria”. Los regímenes comunistas produjeron nuevos valores y nuevas subjetividades humanas teniendo en el horizonte aquello del “hombre nuevo”. Estas subjetividades y las identidades de las personas acabaron estando signadas por fuertes antagonismos entre capitalismo/comunismo, en un contexto global dominado por la Guerra Fría, y atravesadas por una fuerte orientación fetichista hacia las mercancías y prácticas culturales capitalistas (Veenis, 2012; Berdahl, 2010), en el seno de una ideología estatal basada en una “cultura del trabajo”.



Forum Marx y Engels, Berlín, Alexanderplatz. Foto de archivo de la autora (junio de 2012)

Agradecimientos

Dedico este artículo a Frans Katzwinkel. También a mis amigas/os y entrañables interlocutores/as de/en Berlín (Kris, Jessi, Niklas, Matthias, Dunia, Ariadna, Ana, Juan Manuel, Jorge, Javier y Setimio). Finalmente agradezco las críticas, comentarios y sugerencias realizadas por los/as dos evaluadores/as anónimos/as convocados por la revista.

Bibliografía

- Abhe, T. (2011). Competing Master Narratives: *Geschichtspolitik* and Identity Discourse in Three German Societies. En N. Hodgin y C. Pearce (Eds.), *The GDR Remembered. Representations of the East German State since 1989* (221-249). Rochester-New York: Camden House.
- Adamovsky, E. (1997). A modo de epílogo. Octubre de 1917 y la experiencia soviética: la política del recuerdo. En E. Adamovsky (Comp.), *Octubre Hoy. Conversaciones sobre la idea comunista. A 150 años del manifiesto y 80 de la Revolución Rusa* (pp. 151-165). Buenos Aires: El cielo por asalto.
- Arnold-de Simine, S. (2011). The spirit of an Epoch is not just reflected in pictures and books, but also in pots and frying pans: GDR Museums and Memories of Everyday Life. En D. Clarke y U. Wölfel, (Eds.), *Remembering the German Democratic Republic. Divided Memory in a United Germany* (pp. 95-109). London: Palgrave Macmillan.
- Bahro, R. (1980). *La alternativa. Contribución a la crítica del socialismo realmente existente*. Madrid: Alianza.
- Bathrick, D. (2011). Memories and Fantasies about and by the Stasi. En D. Clarke y U. Wölfel (Eds.), *Remembering the German Democratic Republic. Divided Memory in a United Germany* (pp. 223-238). London: Palgrave Macmillan.
- Beattie, A. H. (2011). The politics of remembering the GDR: Official and State-Mandated Memory since 1990. En D. Clarke y U. Wölfel (Eds.), *Remembering the German Democratic Republic. Divided Memory in a United Germany* (pp. 23-35). London: Palgrave Macmillan.
- Berdahl, D. (2010). *On the social life of Postsocialism. Memory, Consumption, Germany*. Bloomington and Indianapolis: Indiana University Press.
- Burawoy, M. y Verdery, K. (1999). Introduction. En M. Burawoy y K. Verdery (Eds.), *Uncertain Transition. Ethnographies of Change in the Postsocialist World* (pp. 1-17). Oxford: Rowman & Littlefield Publishers, Inc.
- Clarke, D. y Wölfel, U. (2011). Remembering the German Democratic Republic in a United Germany. En D. Clarke y U. Wölfel (Ed.), *Remembering the German Democratic Republic. Divided Memory in a United Germany* (pp. 3-22). London: Palgrave Macmillan.
- Fontana, P. (2012). *Cine y Colectivización. La representación cinematográfica del proceso de colectivización soviético*. Ciudad Evita: Zeit Ediciones.
- Fullbrook, M. (2011). Living through the GDR: History, Life Stories, and Generation in East Germany. En N. Hodgin y C. Pearce (Eds.), *The GDR Remembered. Representations of the East German State since 1989* (pp. 201-220). Rochester-New York: Camden House.
- Gatejel, L. (2012). The road to socialism paved with good intentions. Automobile Culture in the Soviet Union, Romania, and the GDR During Détente. En A. Vowncel; M. Payk, y T. Lindenberger (Eds.), *Cold War Cultures. Perspectives on Eastern and Western European Societies* (pp. 152-171). New York-Oxford: Berghahn Books.
- Gómez, M. (2015). Bitácoras etnográficas sobre el pasado comunista en Berlín. *Kula*, 12, (64-75).
- Hann, C., Humphrey, C. y Verdery, K. (2001). Introduction. Postsocialism as a topic of anthropological investigation. En C. M. Hann (Ed.), *Postsocialism. Ideals, ideologies and practices in Eurasia* (pp. 1-28). London-New York: Routledge.
- Hardman, H. (2012). *Gorvachev's export of Perestroika to Eastern Europe. Democratisation reconsidered*. Manchester-New York: Manchester University Press.
- Hauswald, H. y Rathenow, L. (2005). *Ost-Berlin. Leben vor de Mauerfall/Life before the Wall fell*. Berlin: Jaron Verlag.

- Hodgin, N. (2011). *Screening the East. Heimat, Memory and Nostalgia in German Film since 1989*. New York-Oxford: Berghahn Books.
- Hodgin, N. (2011a). Screening the Stasi: The politics of Representation in Postunification Film. En N. Hodgin y C. Pearce (Eds.), *The GDR Remembered. Representations of the East German State since 1989* (pp. 69-92). Rochester-New York: Camden House.
- Hodgin, N. y Pearce, C. (2011). Introduction. En N. Hodgin y C. Pearce (Eds.), *The GDR Remembered. Representations of the East German State since 1989* (pp. 1-17). Rochester-New York: Camden House.
- Krien, D. (2013). *Algún día nos lo contaremos todo*. Buenos Aires: Salamandra.
- Krotz, E. (1997). Anthropologies of the South: Their Rise, Their Silencing, Their Characteristics. *Critique of Anthropology*, 17(3), (237-251).
- Lindenberger, T. (2011). La sociedad fragmentada: “activismo societario” y autoridad en el socialismo de Estado de la RDA. *Ayer*, 82(2), (25-54).
- Ludwig, A. (2011). Representations of the Everyday and the making of Memory: GDR History and Museums. En D. Clarke y U. Wölfel (Ed.), *Remembering the German Democratic Republic. Divided Memory in a United Germany* (pp. 37-53). London: Palgrave Macmillan.
- Marron, M. (1996). *Animal Triste*. México: Herder.
- McAdams, J. A. (1993). *Germany Divided. From the Wall to Reunification*. Princeton: Princeton University Press.
- McLellan, J. (2011). *Love in the Time of Communism. Intimacy and Sexuality in the GDR*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Mueller, G. (2013). Re-imagining the Niche: Visual Reconstructions of Private Spaces in the GDR. En A. Sanders y D. Pinfold (Eds.), *Remembering and Rethinking the GDR. Multiples perspectives and Plural Authenticities* (pp. 197-213). London: Palgrave Macmillan.
- Mundus, D. (2009). *Leipzig 1989. A chronicle*. Leipzig: Lehmann Verlag.
- Paver, Ch. (2012). Colour and Time in Museums of East German Everyday Life. En A. Sanders y D. Pinfold (Eds.), *Remembering and Rethinking in the GDR. Multiple Perspectives and Plural Authenticities* (pp. 132-146). London: Palgrave Macmillan.
- Restrepo, E. (2012). Diferencia, hegemonía y disciplinamiento en antropología. En E. Restrepo (Comp.), *Antropología y Estudios Culturales. Disputas y confluencias desde la periferia* (pp. 21-52). Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ribeiro, G. L. y Escobar, A. (2009). Antropologías del Mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder. En G. L. Ribeiro y A. Escobar (Eds.), *Antropologías del Mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder* (pp. 25-55). México: Universidad Autónoma Metropolitana / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Universidad Iberoamericana / Enviación / The Wenner-Gren International.
- Rius, E. (1990). *La perestroika*. México: Grijalbo.
- Ross, C. (2002). *The East German Dictatorship. Problems and Perspectives in the Interpretation of the GDR*. London: Arnold.
- Schlink, B. (2002). *Amores en fuga*. Madrid: Anagrama.
- Siefert, M. (2012). East European Cold War Culture(s). Alterities, Commonalities, and Film Industries. En A. Vowinckel, M. Payk, y T. Lindenberger (Eds.), *Cold War Cultures. Perspectives on Eastern and Western European Societies* (pp. 23-54). New York: Berghahn Books.
- Tarcus, H. (1991). Las lecturas del “socialismo real”. Un inventario crítico. *Realidad Económica*, 98,

(85-102).

- Thompson, P. (2011). “Worin noch niemand war“: The GDR as Retrospectively Imagined Community. En N. Hodgin y C. Pearce (Eds.), *The GDR Remembered. Representations of the East German State since 1989* (pp. 250-264). Rochester- New York: Camden House.
- Vakhtin, N. (2009). Transformaciones en la antropología de Siberia: una perspectiva desde adentro. En G. Ribeiro y A. Escobar (Eds.), *Antropologías del Mundo. Transformaciones disciplinarias dentro de sistemas de poder* (pp. 81-104). México: Universidad Autónoma Metropolitana / Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social / Universidad Iberoamericana /Envió / The Wenner-Gren International.
- Veenis, M. (2012). *Material Fantasies. Expectations of the Western Consumer World among East Germans*. Amsterdam: Amsterdam University Press.
- Weitz, E. (1997). *Creating German Communism, 1890-1990. From popular protests to socialist state*. Princeton: Princeton University Press.
- Wieland, R. (2013). *Sugiero que nos besemos*. Rosario: Beatriz Viterbo Editora.

Notas

- ¹ En total realicé tres estadias en Berlín: la primera entre octubre de 2009 y enero de 2010 (con una beca del DAAD); la segunda entre mayo y julio de 2012 (participé en un congreso donde se abordaban diferentes problemáticas de América Latina); y la última entre agosto y mediados de noviembre de 2014.
- ² *Staatsbibliothek zu Berlin*.
- ³ Reunificación es un término muy presente en los discursos oficiales estatales y suele ser impugnado por muchos alemanes del este, quienes contestan que, más que una “reunificación”, lo que se produjo fue una “anexión” de la RDA a la República Federal Alemana (RFA). Después de la caída del muro, los cinco estados que conformaban la RDA quedaron bajo la jurisdicción de una nueva constitución alemana muy similar a la de la RFA. Esto ocurrió el 3 de octubre de 1990.
- ⁴ Según Marsha Siefert (2012: 47), se puede hablar de la existencia de una cultura de la Guerra Fría de la Europa del Este, pero esto requiere un examen de las prácticas institucionales, productos y relaciones culturales entre los países del bloque soviético. La existencia, luego de la segunda guerra, de flujos culturales entre estos países (parte de la periferia o los llamados países socialistas satélites y Rusia, y entre los partidos comunistas de estos países y el partido comunista de Rusia) y las relaciones a través de los límites del bloque, sugieren que en ese período existió un tipo de Cultura Europea del Este particular, vinculada a una cultura soviética mayor.
- ⁵ De aquí en adelante todos los términos o categorías “nativas”, pronunciadas por alemanes/as del este, en español o en alemán, aparecerán en *itálica*. También quiero aclarar que muchos de los diálogos y conversaciones sostenidas con mis interlocutores/as durante mi trabajo de campo solían combinar frases en español, inglés y a veces alemán, es decir: en ocasiones recurríamos a los tres idiomas para entendernos mejor. Siguiendo las sugerencias realizadas por los anónimos evaluadores de *Estudios en Antropología Social*, aquí serán traducidas únicamente al español.
- ⁶ Agradezco el comentario realizado sobre este punto por uno de los evaluadores convocados por la revista, al señalar que tal vez no se trata solo de un rechazo a la culpabilidad del pasado nazi, si no que también podría deberse a un “proceso memorial de radicalización social y generacional al revés, relacionado con el pasado comunista de la ex RDA”.
- ⁷ <https://es.wikipedia.org/wiki/Spreepark> (consultado el 22 de junio de 2015).
- ⁸ *Die Legende von Paul und Paula* (1973), de Heiner Carow.
- ⁹ *Farbe für die Republik. Auftragsfotografie vom Leben in der DDR* (Los colores de la República. Fotografía comisionada sobre la vida en la RDA), del 21/03 al 31/08/2014, *Deutsches Historisches Museum* (Museo Histórico de Alemania), Berlín.
- ¹⁰ Aquí también fue central el rol que jugó una comisión conformada por el gobierno, presidida por Martin Sabrow (*The Federal Memorial Concept*), para discutir y definir qué aspectos formarían parte de la narrativa oficial sobre la RDA, los cuales fueron redactados en un informe publicado en 2006. Allí se establecieron dos grandes tópicos: la fundación de un foro para “lidiar con el pasado”, organizar información pública y debates, por un lado, y resaltar la importancia de mostrar cómo estaba organizada la vida cotidiana durante las dos

dictaduras alemanas (entendiendo a la RDA como la segunda dictadura acontecida en Alemania). El objetivo central de este informe y de esta comisión fue contestar y contrarrestar los supuestos sentimientos “irreflexivos” de nostalgia en torno a la RDA (Ludwig, 2011: 47).

- ¹¹ Exposición realizada por el Delegado del Gobierno Federal para los archivos del Servicio de Seguridad del Estado de la antigua República Democrática de Alemania. “El complejo temático de la exposición está articulado en tres niveles: la representación de la historia del MfS, la secuencia biográfica de las personas afectadas y el nivel ‘El MfS en la cotidianidad de la RDA’. Cada nivel se caracteriza por un diseño específico” (Folleto de exposición, 2014: 7).
- ¹² *Go Trabi Go* y *Go Trabi Go II. Das war der wilde Osten*, de Peter Timm, 1991 y 1992 respectivamente.
- ¹³ La escritora Christa Wolff, sería un ejemplo de “las/os 1929”; ella misma decía pertenecer a una generación que sufría un complejo de culpa compartida por el pasado nazismo.
- ¹⁴ Menciona la autora que a mediados de los 60 se clausuró la experiencia de liberalización de Ulbricht y se bloquearon las oportunidades de avance educativo y ocupacional.

